

DISCURSO DE INCORPORACIÓN PARA ASCENDER EN LA ACADEMIA DE
MÉRIDA, A LA CATEGORIA DE INDIVIDUO DE NÚMERO SILLÓN 7,
DE LA DOCTORA ANA HILDA DUQUE

SAN BENITO Y LA IDENTIDAD CULTURAL ANDINA

El 3 de noviembre del 2010 me incorporé como Miembro Correspondiente Estatal de esta ilustre Corporación y diserté sobre *La percepción geohistórica a través de los documentos del Archivo Arquidiocesano de Mérida*. La Geografía ha sido la disciplina base sobre la que he construido a lo largo de mi vida académica el andamiaje que me ha llevado a incursionar en diversas ramas del saber con verdadera pasión para indagar el alma, el comportamiento y la identidad del ser humano en un contexto geográfico e histórico determinado.

En esta ocasión, en mi incorporación como Individuo de Número de la Academia de Mérida que me honra en lo personal y se convierte en un desafío para estar a la altura de los objetivos de esta Corporación, quiero compartir con ustedes, apreciados colegas y amigos, parte de mis vivencias académicas, hurgando en viejos y nuevos papeles, entrevistando a muchas personas y compartiendo la cotidianidad y las fiestas en las comunidades altas de nuestra cordillera andina, para tratar de comprender mejor la identidad cultural de los habitantes de aquellas encantadoras montañas.

Antecedentes

Mi primera carrera universitaria fue Geografía en la que aprendí a observar, estudiar y analizar el espacio físico y el espacio humanizado a través del trabajo de campo. La observación es uno de los principios

básicos de esta disciplina, práctica me ha acompañado a lo largo de mi experiencia docente, profesional y de investigación a la que se unió el trabajo archivístico y museístico en varios repositorios eclesiásticos y en el Archivode la Universidad de los Andes. De allí surgió la pasión por el rescate y recuperación de la memoria histórica como ventana para entender la idiosincrasia de nuestros pueblos.

Trabajar sobre una cofradía en un pueblo de la cordillera, Mucurubá, me permitió la apertura de una línea de investigación sobre el discurso religioso. El resultado se concretó en la maestría en Etnología, mención Etnohistoria, y fue la puerta para aplicar la multidisciplinariedad al estudio de San Benito en las cuencas altas andinas. Diez años de trabajo de campo etnográfico y la recolección y análisis de numerosa documentación archivística, museística y bibliohemerográfica se materializaron en la obtención del Doctorado en Antropología. En este discurso de incorporación pongo ante ustedes las primicias de parte de dicha investigación. Mérida y, más en concreto, las cuencas altas de los ríos Chama, Santo Domingo, Chirurí y Motatán son un escenario privilegiado, con marcadas similitudes engranadas en torno a sus fiestas y tradiciones, en las que descuello mi mayor interés y pasión: el estudio de la devoción y el culto a San Benito de Palermo.

El culto a San Benito en América Latina se localiza inicialmente en regiones donde la presencia de la etnia negra era más numerosa por la explotación agrícola de la caña de azúcar, el cacao y otras actividades ligadas al campo. La evidencia del fuerte mestizaje étnico y cultural nos llevó a constatar, además, la presencia de elementos provenientes de otras fuentes que indicaban el desarrollo de dicha devoción en otros lugares donde la presencia de la mano esclava negra no fue tan significativa desde el punto de vista cuantitativo. Es el caso de la devoción a San Benito en las cuencas altas de los estados Mérida y Trujillo, donde la investigación

sobre la tradición andina en los pueblos altos de la Cordillera, ha sido mucho más escasa. Dada la experiencia acumulada con las investigaciones sobre el discurso religioso, nos dimos a la tarea de introducir el trabajo de campo etnográfico en la región señalada.

Desde el trabajo de campo, la pasión etnográfica

El estudio pluridisciplinario propio de las ciencias humanas nos llevó al campo de la Antropología, íntimamente conexas con la Historia, la Geografía y la Psicología Social. Tomamos el camino del páramo merideño de la mano de los libros de cofradías, pues son una rica veta para descubrir la pugna permanente de los habitantes de a pie por la libertad y la autonomía tanto del poder civil como del eclesiástico. Este viejo problema que acompaña a las sociedades de todos los tiempos y lugares, encontramos en las asociaciones de laicos uno de los pocos ámbitos en los que la sociedad colonial podía organizarse y actuar sin la injerencia abusiva del poder.

Bajo el paraguas de honrar una advocación religiosa se unían otras actividades que le daban mayor fuerza social al grupo y les permitía sesionar y actuar de manera autónoma durante todo el año. Las cofradías, confraternidades o sociedades pías tenían un estatuto propio como sociedad o mutual equiparable a los beneficios actuales de una cooperativa o de un gremio. A ello se sumaba, la distinción social de ser representante, cabeza o miembro de una asociación que gozaba del aprecio colectivo, respeto y consideración de parte de las autoridades. Producto de esta inquietud, de la mano de viejos folios y de los testimonios orales de ahora, surgió la obra *Discurso religioso en Mucurubá*. La montaña ha sido en todas las culturas lugar propicio y sagrado a través de la cual se expresa el mundo interior, los valores materiales y trascendentes de un

pueblo, poniendo al descubierto su identidad cultural. Ello nos desbrozó el camino para comenzar a indagar acerca de las cofradías o sociedades de San Benito, devoción muy arraigada en el páramo andino.

Tras la identidad cultural andina

Estelargo excursus abre las puertas al objeto central de la disertación de esta tarde. La identidad cultural andina, como la de cualquier otro pueblo, tiene rasgos propios y característicos. Una observación somera de los pueblos que nacen a la vera de las cuencas altas de los ríos Chama, Santo Domingo y Chirurí del estado Mérida y del río Motatán, de los estados Mérida y Trujillo, nos llevó a constatar una serie de rasgos comunes en torno a un elemento catalizador que tiene lugar en la singular figura de un fraile franciscano llamado Benito. Una feliz coincidencia, como lo señalo más adelante, me llevó a comprometerme en un nuevo campo de investigación en el que convergían vetas complementarias: Archivística y Museística, Historia y Geografía, Antropología Religiosa e Historia de las Religiones, entre otras, en un marco específico: la devoción a San Benito de Palermo en las tierras altas andinas.

En ocasión de la preparación del Bicentenario de la Canonización del Santo Negro (1807-2007), el Sr. Arzobispo de Mérida, Mons. Baltazar Porras Cardozo, planteó en el 2005, al Archivo y Museo Arquidiocesano, la conveniencia de abrir un proyecto bajo el título *El culto a San Benito de Palermo en la Arquidiócesis de Mérida*. Las peculiaridades propias de dicha devoción en estas tierras y su arraigo popular en las comunidades altas, llamaban la atención y planteaban varios interrogantes: ¿Cuáles son las características del culto a San Benito en las comunidades de las cuencas altas de los ríos Chama, Santo Domingo, Chirurí y Motatán? ¿Tiene alguna originalidad o especificidad propia el ritual y culto a San Benito en dichas

comunidades? ¿Existe alguna relación entre el ritual y el culto a San Benito y la identidad cultural de estos pueblos? ¿Hay alguna vinculación entre la devoción a San Benito en el Lago de Maracaibo con su manifestación en la montaña andina? ¿Cómo y cuándo llegó a nuestras tierras este singular culto? ¿Por qué están ubicadas las fiestas de San Benito en las cuencas de ríos? ¿Qué noticias documentales reposan en el Archivo y Museo Arquidiocesano? Éstas y muchas otras inquietudes revoloteaban buscando explicación y respuesta.

El objetivo inicial fue modesto: realizar una exposición en el Museo Arquidiocesano con la participación de los estados Mérida, Trujillo y Zulia, y publicar un artículo que recogiera el fruto de la investigación propuesta. Pero fueron surgiendo desafíos que requerían ser aclarados y tomados en cuenta. Mi participación en los actos bicentenarios en Palermo (2007) me abrió nuevos horizontes al entrar en contacto con elementos claves de la vida del santo y los muchos avatares habidos durante el largo proceso de beatificación y canonización. A la vez, en la exposición organizada por los Frailes Menores Franciscanos en el Convento de Santa María del Gesù, pudimos ver y recoger curiosos testimonios y estudios de su tierra natal, Sicilia, y de la expansión de su presencia en el tiempo en varios países latinoamericanos y africanos. Las similitudes fueron mayores que las diferencias, lo que me llevó a incursionar, desde la Etnografía, en la Historia de las Religiones, siguiendo las pautas de los autores clásicos de dicha disciplina y su aplicación al mundo andino merideño, bajo los parámetros de las investigaciones de la Dra. Jacqueline Clarac de Briceño.

Tras la figura de San Benito

Una primera interrogante fue: ¿Quién era Benito Manasseri, mejor conocido como San Benito de Palermo, San Benito “il moro”, San Benito de San

Fratello, San Benito de San Filadelfo o San Benito el africano? La isla de mayores dimensiones del Mar Mediterráneo es Sicilia y su posición en aquel “mare nostrum” fue apetecida y conquistada por distintos reinos europeos y moros durante siglos; fue también lugar propicio para todo tipo de intercambio, de compra-venta de esclavos africanos, principalmente de Etiopía; curiosamente el reino católico más importante del continente negro, por lo que no era descartable que los padres de Benito, Cristóbal y Diana, procedieran de familia cristiana de vieja data.

Corría el primer cuarto del siglo XVI, dicha pareja había sido adquirida por un rico hacendado de la isla, de nombre Vicente Manasseri, a cuyo servicio estaban. No querían tener hijos para que no padecieran la esclavitud. Dado su buen comportamiento y eficiente servicio y enterado Don Vicente de dicha circunstancia, les prometió que si tenían un hijo, nacería libre. El primer vástago llevó el nombre de Benito, “bendito”, nombre puesto en agradecimiento por la condición de manumiso con la que vino al mundo. Aquel niño nació en 1526 y falleció en 1589 a la edad de 63 años, muy anciano para la época. Toda su vida transcurrió en el noroeste de la isla, cercana a la capital virreinal, Palermo, dependiente de la corona de Aragón, adscrita a los reinos de España y heredada por los descendientes de los Reyes Católicos, dato que explica el que su figura se haya trasplantado a tierras americanas.

Según las costumbres de la época, a Benito Manasseri su negritud no le permitió gozar de estudios liberales, limitándose a aprender los oficios del campo y el cuidado de rebaños de ganado menor. Convivió con un grupo de ermitaños e ingresó luego al convento del Gesù, en los alrededores de la ciudad de Palermo, como hermano lego y distinguiéndose por su servicialidad y generosidad para con los más pobres, su austeridad de vida y su espíritu de oración. A pesar de ser iletrado sobresalió por una sabiduría que lo llevó a ser consejero insigne de gente necesitada, letrados

y autoridades virreinales; incluso, algo inaudito, siendo hermano lego, fue elegido superior del convento, cargo solo reservado a los frailes que tenían estudios teológicos y la ordenación sacerdotal.

Su biografía está plagada de anécdotas curiosas e impactantes en las que se narran favores y milagros en vida, que se multiplicaron inmediatamente después de su muerte, convirtiéndose en un santo muy popular mucho antes de que fuera reconocido como tal por la autoridad pontificia. Llama la atención que las autoridades civiles de Palermo, de raza blanca y europeos, le den el título de santo y declaren patrono y custodio de la ciudad en pleno siglo XVII a un fraile iletrado y negro de origen africano, compartiendo el patronazgo religioso de la ciudad, nada menos que con la popular Santa Rosalía, coterránea de alta alcurnia palermitana.

San Benito de Palermo es el primer santo negro canonizado por la Iglesia romana. Buena parte de los santos declarados antes del siglo XVI, lo fueron por aclamación popular o por procesos llevados a cabo en las diócesis u órdenes religiosas donde había vivido el candidato. Después de la escisión de la Iglesia con el luteranismo, el Concilio de Trento (1545-1563) centralizó numerosas competencias que tenían las iglesias locales. Esta circunstancia contribuyó a que el proceso oficial de canonización de Benito discurriera lentamente; pero otra cosa sucedía en Palermo, donde muy pronto fue considerado y tenido como santo por el pueblo. La creación de la Sagrada Congregación de Ritos, hoy Congregación para la Causa de los Santos, con sede en Roma, fue y es la encargada de examinar los procesos y presentarlos al Papa para su aprobación. Coincide esa novedosa legislación con la muerte y posterior causa de Benito de Palermo quien fue beatificado por el Papa Benedicto XIV en 1743, ciento cincuenta y cuatro años después de su muerte y canonizado en 1807 por el Papa Pío VII en 1807, doscientos dieciocho años después de su deceso, y apenas tres antes del inicio de los procesos independentistas en América.

Señalamos este dato porque según la legislación eclesiástica quien es declarado “beato” sólo puede recibir culto en su lugar de origen o dentro de la orden religiosa a la que perteneció. Solamente quienes ostentan el título de “santos” pueden ser venerados en cualquier parte del mundo. Benito se salta la norma. No sólo lo llaman santo en Palermo desde hora temprana, sino que en los diversos lugares a donde llegó su culto en América es llamado santo y venerado como tal a mediados del siglo XVIII.

Y tenemos otro de los curiosos interrogantes acerca del santo negro. ¿Cómo llegó Benito a América? Generalmente los misioneros eran portadores de las devociones de sus órdenes religiosas. Los andaluces y extremeños, soldados, campesinos, aventureros o de oficios conocidos o por saberse, fueron los que trajeron las devociones populares de sus lugares de origen. Caso típico, la devoción a la Virgen del Carmen y al escapulario, presente en nuestro continente mucho antes de que llegaran los frailes carmelitas al Nuevo Mundo. Con San Benito pasó algo similar, pues los franciscanos de Sicilia jamás estuvieron en América. La dependencia hispana de Sicilia lleva a conjeturar que esa sería la vía a través de la cual la fama y virtudes del fraile negro llegaron a nuestras tierras.

Pero no quedan las cosas allí. Se ha afirmado, sin constatablebase objetiva, que la devoción a San Benito se introdujo para atraer a la población negra al cristianismo. Lo cierto es que arraigó más en algunos enclaves esclavistas donde la negritud abundaba, como es el caso de los alrededores del Lago de Maracaibo o de la zona del cultivo de la caña de azúcar en la región paulista de Brasil. Pero es interesante observar que su culto no se circunscribió exclusivamente a dichos enclaves ya que fue asumida por la población campesina y/o marinera, blanca y/o mestiza, en diversos lugares, como son los casos de León en Nicaragua, Colonia del Sacramento en la costa oriental del Río de la Plata, hoy Uruguay, en la

zona portuaria de El Callao, cercana a la virreinal Lima, en Perú, y en las cuencas altas de la región andina venezolana. Es un tema en el que aún no hemos profundizado pero que sume en preguntas a quien intente explicar la apropiación cultural que hacen los pueblos de las más diversas manifestaciones convirtiéndolas en arquetipo de lo trascendente y en parte integrante de su cultura.

San Benito andino

En el caso concreto de las cuencas altas andinas venezolanas el arraigo de la devoción a San Benito es independiente y autónoma del culto que le rinden en las cálidas tierras lacustres. Es un tema que también requiere ser profundizado. Serán las virtudes sencillas y cotidianas de Benito las que atraieron su figura y lo constituyeron en un paradigma, compañero, protector y figura identitaria de comunidades que se apropiaron y recrearon sus cualidades más sobresalientes, independientemente de la presencia de población negra, siempre exigua y con poca relevancia social. Siguiendo a Mircea Eliade, el rasgo común del fenómeno religioso es la oposición entre lo sagrado y la vida religiosa, y entre lo profano y la vida secular. La vida de toda comunidad, no sólo de las que llamamos impropriamente primitivas, campesinas o incultas, está envuelta en “hierofanías”, es decir, en manifestaciones que incorporan o revelan algo distinto de sí mismo, lo que les da relevancia y las convierte en “sagradas”, es decir, en expresión de una multiplicidad de acciones y gestos que son el sello de la manera de vivir y de concebir la existencia de una comunidad, dándole cohesión y brillo.

La devoción a San Benito se pierde en la bruma del tiempo

La devoción al santo negro la encontramos en diversos lugares de América a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. A su llegada a Maracaibo, el 16 de marzo de 1785, Fray Juan Ramos de Lora solicitó inventarios a los curas de la nueva diócesis. La Sociedad de San Benito figuraba, entre otras, en localidades cálidas del Lago de Maracaibo. Las noticias documentales del culto a San Benito en las cuencas altas, aparecen claramente en el primer cuarto del siglo XIX, encontrándonos luego con un largo vacío hasta finales del mismo siglo, cuando se multiplican las referencias desde los primeros años del siglo XX hasta nuestros días. El trabajo de campo etnográfico arroja abundantes testimonios que atestiguan la percepción de que el culto a San Benito es muy antiguo en estas tierras y se remonta a tiempos pretéritos.

También son numerosos los testimonios orales que afirman que la devoción a San Benito es un elemento de cohesión social y de intercambio fraterno, lo que le da cierta uniformidad a la identidad socio-cultural de los habitantes de las cuencas altas andinas. A partir de los años cuarenta del siglo XX, se hace cada vez más presentes y vigorosos los rituales y culto a San Benito ligados a la vida y quehacer cotidianos de sus habitantes.

La tradición y fiesta a San Benito en Mucuchíes y Timotes

El ciclo festivo andino gira en torno al solsticio de invierno, lo que hace que las fiestas populares más arraigadas tengan lugar en el ciclo navideño y de año nuevo. La fiesta de San Benito comienza en el páramo el 29 de diciembre, tanto en Mucuchíes como en Timotes, cabezas de las dos tradiciones, distintas pero complementarias y que se multiplica a lo largo

del mes de enero y a veces se adentra en el tiempo cuaresmal en los pueblos y aldeas de su vecindad.

En Mucuchíes existe la percepción de que es muy antigua la devoción y protección del santo sobre sus moradores; se alude al hecho de que la presencia del grupo armado de mucuchiceros que participó en la batalla de Niquitao durante la Campaña Admirable (2 de julio de 1813) y gracias a la intercesión de San Benito, triunfaron los patriotas sobre las huestes realistas. La promesa hecha al santo se mantiene materializada en el uso de los trabucos como distintivo de sus devotos y miembros de la cofradía durante la celebración de la fiesta, con un aire militar patriótico que lo distingue del San Benito “giro” de Timotes.

La figura de San Benito aglutina a los nativos del pueblo y es centro de sus ocupaciones y quehaceres, enorgullece a sus habitantes porque lo consideran como propio, como parte de ellos mismos y de su vida cotidiana. La imagen de San Benito acompaña diversos lugares de la casa: la cocina, la sala, las habitaciones y, en el entorno, el huerto, los potreros y caminos. Está en la calle y en la iglesia, le da nombre a establecimientos, gremios y asociaciones. Tiene casa propia en la que se realizan las actividades de la sociedad, donde se plantean las necesidades comunales, pero nunca se usa para fiestas o “micheras”, pues se considera que es un lugar sagrado y al santo hay que respetarlo. Mucuchíes, en la cuenca alta del río Chama, es centro civil, económico y espiritual de los asentamientos del municipio Rangel. De allí la influencia cultural-religiosa sobre las comunidades del entorno.

Timotes, por su parte, situada en una vega en la margen occidental del río Motatán, en las inmediaciones de “La Raya”, frontera colonial y republicana, es el centro de influencia en lo que fue el extenso municipio Miranda, sede de una tradición que se une más a una constante

generalizada de muchas culturas: el tejido de la cinta. A diferencia de Mucuchíes, en Timotes la devoción no está unida a ningún hecho del pasado de la comunidad. La tradición o leyenda atribuye la celebración de la fiesta al pago de promesa de un caballero que huía de la justicia por haberle faltado a su mujer. El haber superado satisfactoriamente dicho percance lo llevó a promover la fiesta en toda la comarca. San Benito, en la cuenca alta del río Motatán, es el protector de sus habitantes, de las siembras y cosechas, de la salud y la esperanza, por esto la fiesta religiosa y comunitaria adquiere gran importancia en la población. El santo negro es sello y orgullo identitario de los timotentes.

En estas fiestas, lo más tradicional es el baile y tejido de la cinta, llamado “el sebucán” en otras regiones del país. Es un rito existente en muchas culturas, unas veces con connotaciones religiosas y otras sólo como una expresión del folklore. Hoy día, en Timotes se constata la incorporación de elementos modernos, coreografías influenciadas por los medios de comunicación y la proliferación de academias de danzas. Este fenómeno es más notable en las comparsas urbanas, sustituyendo el palo alrededor del cual se tejen las cintas por personas vivas u objetos llamativos, y haciendo del tejido formas muy variadas y vistosas. También han introducido melodías e instrumentos modernos. Las sociedades de las localidades más aisladas de la vía principal, conservan los rasgos más tradicionales tanto en el baile como en los instrumentos y melodías. En Piñango y sus aldeas observamos un dato único y de gran valor: el tejido o baile de la cinta con jinetes a caballo.

San Benito, su vida, su historia, sus milagros, sus mitos, su magia, las apariciones y leyendas que se han tejido a su alrededor, forman parte de la historia de los pueblos, lo que se constata en Timotes y su zona de influencia. El conocimiento, el análisis de las celebraciones a San Benito, recuerdan lo que cita Claude Lévi-Strauss: *los mitos se nos presentan*

simultáneamente como sistemas de relaciones abstractas y como objetos de contemplación estética.

La reestructuración de la identidad cultural

El estudio antropológico en la búsqueda de la identidad cultural de las comunidades de las cuencas altas de los ríos Chama, Santo Domingo, Chirurí y Motatán, tomando como base el culto a San Benito, nos llevó a replantear una serie de categorías que no pueden aplicarse unívocamente. Las categorías urbano-rural, ciudadano-campesino, indígena-negro-blanco-mestizo, rico-pobre-cultura marginal, compadrazgo-parentesco, fiesta-ocio, trabajo-flojera, tienen una connotación novedosa que requiere ser explicitada.

En primer lugar, hay que entender que el espacio rural tiene sus propios ritmos. El tiempo está más acorde con los ritmos de la naturaleza circundante. El campesino aguarda pacientemente la cosecha, sabe que hay un tiempo para el sol y otro para la lluvia, lo que nos evoca la enseñanza del Eclesiastés: *todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el sol: tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado...tiempo de amar y tiempo de odiar...* (cap. 3,1-8).Y así para todas sus actividades, tales como la organización de la fiesta de San Benito transcurre sin prisas: la preparación lleva meses de planificación, ensayos y búsqueda de lo que hace falta. El horario es amplio, es lento, es desigual, dando la sensación de que es gente que no tiene oficio, que pierden el tiempo, que es floja o dejada. Sin embargo, nada más extraño a la realidad que pensar de esta manera, es decir, medir el tiempo a partir de categorías urbanas. Es un tiempo pleno, para todo hay tiempo. Este uso del tiempo permite la integración con el resto de la comunidad, el espacio social se ensancha para ayudarse o servir en cualquier eventualidad y para potenciar el orgullo de pertenencia a una cultura.

En segundo lugar, es de destacar y tener presente que se hace alusión y generaliza sobre las raíces indígenas de los habitantes de las cuencas altas. Sin duda hay supervivencia de diversos aspectos culturales de los primitivos habitantes de la cordillera en la mitología de los Mu-ku, en el calendario, en la economía agrícola, en la vivienda, en la artesanía y en las expresiones artísticas o estéticas. Pero en el extenso trabajo de campo etnográfico realizado no es relevante la alusión al legado indígena por parte de los informantes. Hay expresiones como *nuestros mayores*, *los de antes*, *desde muy antiguo* y *los antepasados*, pero en una forma vaga, sin una identificación explícita a la herencia *indígena*. Sin embargo no deja de llamar la atención el que, en las últimas décadas, proliferen comparsas de indios, con plumas y penachos e, imitando el color de la piel de indio, embadurnados de color amarillento, sacado del achote u onoto.

En tercer lugar, el habitante de la montaña, de sus pueblos y aldeas tiene raíces europeas y españolas. Como señala Mariano Picón Salas *...no podemos cortar en nuestra historia ese cordón umbilical con el mundo hispano del siglo XVI*. No se trata sin más de un trasvase unívoco, porque tampoco lo era la cultura europea y la española del siglo dieciséis, marcada por profundos cambios culturales. La dominación colonial hispana buscaba, más allá del ejercicio del poder político, la transformación social, cultural y religiosa a la usanza de la península ibérica. Junto a los conquistadores venían los misioneros a *cristianizar*, vale decir, a enseñarles a vivir como los peninsulares, en una simbiosis que incluía la enseñanza de la doctrina cristiana, las artes, oficios y a vivir en pueblos al estilo castellano. La institución que se creó para lograr este cometido fue el establecimiento de la “doctrina”, una especie de cuasi parroquia indígena atendida por uno o varios curas doctrineros, generalmente de las órdenes religiosas que vinieron a América. Los Andes venezolanos fueron confiados a los Agustinos procedentes de Bogotá.

En cuarto lugar, hay que tener en cuenta que a lo largo de tres siglos, en la evolución cultural, se dio un sincretismo que dejó su huella. En nuestro caso no se dio una sustitución de una cultura por otra sino una recreación y apropiación dando pie al mestizaje característico de nuestra región. En las comunidades estudiadas se da una apropiación desigual del capital cultural recibido, una elaboración propia de sus condiciones de vida y una interacción conflictiva con los sectores hegemónicos. En el culto a San Benito tan arraigado en las cuencas altas andinas, se entremezclan los universos simbólicos indígenas y afros en simbiosis creativa, mestiza, que no se identifica del todo con ninguna de ellas. Se entrecruzan elementos religiosos que encuentran su cauce en una síntesis integradora que genera la identidad cultural de dichas comunidades. Las realidades visibles del mundo religioso, las mediaciones y las hierofanías, en la terminología de Mircea Eliade, son las que hacen posible la relación entre lo trascendente y el ser humano corporal, necesitado de referencias concretas para desarrollar su existencia.

Por último, sin ser menos importante, las raíces afroamericanas también han estado presentes en las tierras altas de la cordillera andina. Conviene distinguir, como señala Roger Bastide, entre sociedades africanas y sociedades negras. Se debe hablar más bien de culturas negras al margen de las culturas africanas o afroamericanas, ya que al ser sacados de su hábitat natural, la segunda generación de negros criollos muestra una nueva realidad cultural propia y autónoma. Las vías de ascenso social tan sólo estaban abiertas para los negros que aceptaban el cristianismo y los valores occidentales, renegando, por tanto, de las costumbres y creencias de sus antepasados. Por eso no es de extrañar que los elementos religiosos africanos que se conservan en Venezuela estén en el marco general del catolicismo popular. El triple origen étnico de nuestra población: indígena, blanco y negro o mulato está presente aunque no haya sido asimilada como tal por la población. Entre los rasgos sobresalientes de origen negro

se señala su muy personal concepto sobre su “santo de devoción especial”, con quien hace pacto para que lo ayude contra todo mal.

Epílogo

Las expresiones del culto a San Benito en las comunidades de las cuencas altas de los ríos Chama, Santo Domingo, Chirurí y Motatán nos condujo a descubrir la singularidad del mismo. Estas cuatro cuencas de donde brota el agua con la impetuosidad de la caída que fecunda y genera las concentraciones humanas y las actividades agro-comerciales, se abren al ancho universo de las tierras cálidas del Lago de Maracaibo o de los Llanos, donde San Benito no es alguien extraño o lejano sino el protector, el padre, el socio, el que perdona pero también exige. Su código ético es estricto pero no se identifica necesariamente con los códigos civiles o religiosos. Es el portador de alegría y fraternidad, de abundancia y compartir. Por ello su imagen está en todas partes, en todos los espacios.

La identidad cultural andina se manifiesta en comportamientos, valores y creaciones culturales colectivas, -bailes, cantos, rezos, plegarias, promesas, tallas, esculturas, vestuarios, gastronomía, literatura oral...-, que se transmiten de generación en generación y conforman un patrimonio y una herencia cultural, lo que les da sentido de pertenencia e identidad.

Señores Académicos, queridos amigos que me acompañan en esta tarde, espero haber cumplido con la exigencia estatutaria para incorporarme como Individuo de Número en esta noble Institución. Confío que, desde mis campos de saber e investigación, haya podido aportar un granito de arena a los ricos intercambios que tienen lugar en esta multifacética Academia. Señores.